

# LA NUEVA HISTORIA. UNA INTRODUCCION

*Angel Rodríguez Sánchez*

## INTRODUCCION

Con independencia de que cada cierto tiempo la comunidad científica reflexiona sobre sus actividades, y producto de esta reflexión siente y cree haber producido novedades dignas de interés —progreso que al fin y al cabo siempre se mide y se establece en relación con un modo de hacer las cosas en un tiempo anterior—, nuestro presente aparece caracterizado por una proliferación de calificativos de los que no escapa la Historia.

Junto a calificativos más o menos duraderos, utilizados desde perspectivas referenciales con historia, como *neopositivismo*, *neomarxismo* o *neorealismo*, existen otros cuya surgencia es coyuntural y cuya causalidad obedece a coyunturas sociológicas y políticas precisas: tal es el caso de los *Nuevos Filósofos* franceses post-estructuralistas<sup>1</sup> que, partiendo de postulados y formulaciones marxistas en el movimiento del *mayo* francés de 1968, son en la actualidad pensadores radicalmente antimarxistas con una tendencia anarquizante heredada e influida por los sucesos de 1968.

Igualmente la *Nouvelle Vague* del cine francés formada en gran parte por teóricos y críticos de *Cahiers du Cinéma*<sup>2</sup>, cuyas preocupaciones estéticas traducen al lenguaje cinematográfico un formalismo depurado y un estructuralismo coincidente con el movimiento literario forjado en torno a Roland Barthes. Otras formaciones coyunturales, como la *Nueva Psiquiatría* o el *Nuevo Cine Alemán*<sup>3</sup>, responden también a condicionamientos sociológicos, económicos y políticos cuya duración es fugaz. Sin embargo y acompañando a estos calificativos existen otros, más significativos y trascendentes, que se han generado reconociendo un trabajo teórico, un método y unos resultados, que han conducido a gran cantidad de científicos de la universalización del saber a otra totalización que es la especialización. Lo que conocemos como *Nueva Lingüística de Praga*, *Nueva Física*, *Nueva Matemática* y *Nueva Histo-*

<sup>1</sup> Los más importantes toman el rigor contestatario de M. Foucault. Son B.H. Lévy, Ph. Nemo, A. Glucksmann y J.M. Benoist.

<sup>2</sup> A. Resnais, C. Chabrol, F. Truffaut, J.L. Godard y E. Rohmer.

<sup>3</sup> El Manifiesto de Oberhausen es del 28 de febrero de 1962. Los representantes más destacados son Rainer W. Fassbinder, A. Kluge, W. Herzog, W. Wenders, V. Schlöndorff y J.M. Straub.

ria, constituyen transformaciones científicas que comienzan a perdurar por encima de las perspectivas referenciales revisionistas —caso de los *neos*— y de coyunturas que muestran la debilidad de las surgencias aparentemente renovadoras.

La *Nueva Historia* tiene todas las trazas de ser una evidencia duradera porque su aparición no es ni fruto de la herencia, ni producto de presiones extracientíficas: la *Nueva Historia* es, además de ciencia, un *proyecto social*<sup>4</sup>. Esta «novedad» de la Historia fue explicada en 1974 por J. Le Goff y P. Nora:

«Nos parece que la novedad resulta de tres procesos: *nuevos problemas* ponen en tela de juicio a la misma historia; *nuevos enfoques* modifican, enriquecen, trastornan los sectores tradicionales de la historia; *nuevos temas* aparecen en el campo epistemológico de la historia»<sup>5</sup>.

Esta Historia, que no tiene límites, que padece la injerencia de otras ciencias sociales en las que predomina la actividad cuantitativa, que se subleva contra la Filosofía de la Historia, que se muestra radicalmente enemiga de la historia positivista, que «aguarda tal vez a su Saussure»<sup>6</sup>, es una Historia marcada por el sello hoy discutido de la revista francesa de los *Annales*<sup>7</sup>. Gran parte de las apariciones duraderas, de las renovaciones y descubrimientos científicos, se producen en tiempos que pueden calificarse como críticos: la Historia, «relegada poco a poco a un segundo plano de la enseñanza»<sup>8</sup>, reexamina sus presupuestos en unas circunstancias muy próximas a la «frustración y desilusión»<sup>9</sup>. La Segunda Guerra Mundial produjo cuatro grandes modificaciones en el medio en el que se desarrolla la actividad del historiador y que G. Barraclough ha sintetizado recientemente así:

1.- La «Historia del siglo XX es historia mundial en todo el sentido del término», porque las partes del mundo son solidarias y «nada de lo que ocurre en una parte, puede permanecer mucho tiempo sin afectar a las restantes».

2.- Las nuevas inquietudes y progresos científicos han «impuesto» en todas partes «un nuevo modelo social e intelectual».

3.- La existencia de dos grandes bloques dirigidos por la Unión Soviética y por los Estados Unidos, pone de evidencia la «importancia decreciente de Europa» y la necesidad de fijar nuestra atención en los despegues asiáticos y africanos.

4.- La confrontación del liberalismo democrático y del socialismo científico ha motivado cambios institucionales y políticos que, potencialmente hoy, favorece la expansión del sistema comunista en relación con el orden democrático y liberal<sup>10</sup>.

<sup>4</sup> «Los historiadores académicos, por su parte, no suelen llegar tan lejos: ellos están convencidos de que se limitan a investigar desapasionadamente el pasado, libres de cualquier prejuicio cultural o político (...). Hay que comenzar a construir, a un tiempo, la *nueva historia* y el nuevo proyecto social, asentados en una comprensión crítica de la realidad presente».

<sup>5</sup> J. FONTANA: *Historia: análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona, Crítica, 1982, pp. 10 y 11.

<sup>6</sup> J. LE GOFF y P. NORA: *Hacer la Historia, I. Nuevos problemas*. Barcelona, Laia, 1978, p. 8.

<sup>7</sup> Ibid., p. 11.

<sup>8</sup> F. FURET: *L'atelier de l'Histoire*. París, Flammarion, 1982, pp. 5 a 34.

<sup>9</sup> A. CASANOVA y F. HINCKER: *La Historia-hoy*. Barcelona, Avance, 1976, p. 7.

<sup>10</sup> G. BARRACLOUGH: «Historia», en *Corrientes de la investigación en las ciencias sociales*, II, Madrid, Tecnos, 1981, pp. 295 y 296.

<sup>11</sup> Ibid., p. 295.

No hace tanta falta «mirar atrás» cuanto «mirar alrededor». El presente es el único observatorio

Estos cambios, que afectan a toda la sociedad, permiten una vertiginosa aceleración de la Historia y ayudan a comprender que «jamás el tiempo había corrido tan deprisa como en los últimos años»<sup>11</sup>: la *guerra fría*, la *coexistencia*, la *escalada*, el *deshielo*, el *aggiornamento*, la *rebeldía*, la *descolonización*, la *revolución cultural* y las promesas abortadas de la *New way of life* y de la *Nueva Frontera* kennedyana, además de etapas que señalan coyunturas específicas, son expresiones que encierran significados que han de situarse en un entorno de tensiones y cambios.

Es en este medio en el que empieza a construirse la *Nueva Historia*; el nuevo historiador es el que enseña correctamente qué es la guerra, qué es la revolución, qué es el estado y qué es una nación, además de todas las palabras terminadas en «arquía», «cracia» o «ismo»<sup>12</sup>, y agudizando su compromiso con el presente, el que no explica «la génesis de la vieja industrialización con pleno empleo, sino la de la crisis en que vivimos: la quiebra de un sistema que no ofrece ya esperanza alguna»<sup>13</sup>.

La *Nueva Historia* y los nuevos historiadores se han construido generalmente a partir de la frustración, de la desilusión y de la tensión existente entre fuerzas y tendencias muy dispares. J. Le Goff se atrevió a explicar sencillamente en 1979 cómo se hizo historiador. Fueron las lecturas marginales a los textos y manuales oficiales las que hicieron que Le Goff contrastase la indiferencia, el aislamiento intelectual y la erudición, con la solidez y la pasión de los trabajos de los historiadores encerrados en la órbita de *Annales*<sup>14</sup>. Algo semejante podrían escribir los historiadores de este tiempo; en efecto, la *Nueva Historia* la construyen historiadores concretos cuyas intenciones no son ni aparentemente tan funcionalistas, ni tan burguesas, ni tan descomprometidas, ni tan híbridas como ha señalado recientemente J. Fontana<sup>15</sup>. La *Nueva Historia* no puede colocarse ni estudiarse en y desde actitudes que la reduzcan y encasillen en *el lado malo* de la ciencia, es decir, donde no moleste ni pueda progresar. La singularidad crítica de Fontana es por lo menos discutible<sup>16</sup>: en 1969, Johan Kahk admitía desde la historiografía marxista que,

«si se entiende por *historia nueva* la aplicación a la investigación histórica de nuevos métodos más perfeccionados y de técnicas modernas, no podemos tener ninguna razón para negar la necesidad de la *historia nueva*»<sup>17</sup>.

idóneo que permite al historiador dominar todas las direcciones y todas las dimensiones. Ha de tenerse en cuenta que siempre la Historia es un *espectáculo huidizo* y que términos de una gran riqueza conceptual como *comunista*, *democrático* y *liberal* han sufrido un gran desgaste.

<sup>11</sup> J. REGLA: *Introducción a la Historia. Socioeconomía, Política, Cultura*. Barcelona, Teide, 1975, p. 74.

<sup>12</sup> P. VILAR: *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Barcelona, Crítica, 1980, p. 10.

<sup>13</sup> J. FONTANA: op. cit., pp. 248 y 249.

<sup>14</sup> J. LE GOFF: «Une pratique de l'Histoire», *Histoire*, 1, 1979, pp. 132 y 133.

<sup>15</sup> Para Fontana existen dos actitudes ante la Historia: la del «club de *Annales*», que exporta «moda histórica» desde París, incluidos los «rollos geométrico-literario-estructurales», y la historia marxista. Vid. J. Fontana, op. cit., especialmente pp. 200 a 213.

<sup>16</sup> J.A. PLA: *La Historia y su método*. Barcelona, Fontamara, 1980, p. 70.

M.A. QUINTANILLA: «La responsabilidad social del investigador científico», *Sistema*, 22, 1978, p. 107.

<sup>17</sup> *Ciencias sociales de hoy*, 5, Moscú, 1969.

Aunque la historiografía marxista es desconfiada respecto de las innovaciones metodológicas<sup>18</sup> que han presidido el desarrollo reciente de la *Nueva Historia*, reconoce su positivo impacto y su aproximación a la historia de masas desde una perspectiva «económica y social». P. Vilar sintetizó los principios básicos que animaban a los fundadores de *Annales* significando la existencia de *una sola historia*, que avanza gracias a la formulación de *problemas*, que *es historia de masas* y que relaciona jerárquicamente *economías, sociedades y civilizaciones*.

Esta única Historia adopta, sin embargo, expresiones que pueden examinarse desde perspectivas localizadas que enriquecen el panorama de logros prácticos y metodológicos. Así, la actual Historia es pensable desde los trabajos de los historiadores de este presente y desde sus respectivas localizaciones nacionales. Cada vez es más frecuente *nacionalizar al historiador*; se lee de historiadores americanos, rusos, franceses, ingleses, polacos, españoles, etc., y probablemente en utilizaciones historiográficas inconscientes, admitimos una Historia Inglesa, una Historia Española, etc.<sup>19</sup>. Igualmente, la actual Historia es abordable y explicable desde el conjunto de caracteres y de elementos que ayudan a definirla hoy como «una ciencia en plena evolución»<sup>20</sup>. Este conjunto de caracteres y de elementos, difícilmente sintetizable, puede expresarse sin embargo en una serie de notas en las que parecen coincidir la mayoría de los historiadores. Y son las siguientes.

1.- Tras la terminación de la II Guerra Mundial se produce un *proceso de interiorización* que trata de reflexionar simultáneamente sobre el presente heredado de la catástrofe y sobre un pasado que va a abordarse desde perspectivas útiles. En 1950, F. Braudel anunciaba la interiorización:

«(...) en el curso de los últimos cuarenta años, las experiencias vividas han sido particularmente crueles para todos los hombres; nos han lanzado con violencia hacia lo más profundo de nosotros mismos y, allende, hacia el destino de conjunto de los hombres, es decir, hacia los problemas cruciales de la historia»<sup>21</sup>.

Este esfuerzo, visible durante largo tiempo, es el punto de partida de *un afán racionalizador* que busca, desde la interiorización comprometida, «comprender y modificar no sólo el mundo circundante»<sup>22</sup>, sino también cambiar al hombre: se trata de fabricar «hombres nuevos», conscientes de sí mismos y, por lo tanto, «de la Historia». La interiorización y la racionalización son el par de procesos engarzados que harán de la Historia, además de una «ciencia del dominio del pasado y conciencia del tiempo», una «ciencia del cambio y de la transformación»<sup>23</sup>. Esta ciencia, por

<sup>18</sup> J. BOUVIER: «Tendencias actuales de las investigaciones de historia económica y social en Francia», en *La Historia hoy*. Barcelona, Avance, 1976, p. 169.

<sup>19</sup> Cf. C.M. RAMA: *Nacionalismo e historiografía en América Latina*. Madrid, Tecnos, 1981.

<sup>20</sup> C.F.S. CARDOSO y H. PEREZ BRIGNOLI: *Los métodos de la Historia*. Barcelona, Crítica, 1977, p. 34.

<sup>21</sup> F. BRAUDEL: «Las responsabilidades de la Historia», en *La Historia y las ciencias sociales*. Madrid, Alianza, 1968, pp. 19 y 20.

Además de señalar que las catástrofes son «pregoneros infalibles de revoluciones reales», Braudel deduce de su particular proceso reflexivo la ruptura definitiva de los conceptos y métodos antiguos; el mundo, tras la catástrofe, es nuevo, el hombre también, ¿por qué no una nueva historia?. *Ibid.*, pp. 20 a 36.

<sup>22</sup> E.H. CARR: *¿Qué es la Historia?*. Barcelona, Seix Barral, 1973, pp. 182-183.

<sup>23</sup> J. LE GOFF y P. NORA: op. cit., p. 12.

la que la sociedad actual manifiesta un notable interés, pretende «adaptarse a un mundo perpetuamente resbaladizo»<sup>24</sup> y convertirse en un problema y en una molestia.

«La historia tiene que molestar. No ya la historia edificante de antaño, la que formaba ciudadanos y soldados. No necesariamente la historia a la que nos llevan las corrientes radicales que denuncian, en los historiadores contemporáneos —especialmente en los de *Annales*— una sordera a las demandas del momento presente, una reticencia a poner su saber al servicio de combates más esenciales.

(...) La historia que molesta es aquella que nos obliga a comprender, la que produce lo inteligible y no la que conmemora, porque la memoria no es nada si no nos autoriza a la vez la realización de un trabajo crítico»<sup>25</sup>.

Y es esta comprensión la que, junto a la producción de inteligibilidad, coloca a la Historia en una dimensión de la interiorización y de la racionalización que varía notoriamente su posición. En efecto, *la Historia ha cambiado de posición*<sup>26</sup> respecto de los materiales que emplea, ya no busca interpretar el documento, ni determinar si es verdadero, ni ahondar en su expresividad; ahora, la Historia busca trabajar el documento desde su *interior* y ello exige *observar, organizar, crear niveles, establecer series, fijar elementos y describir sus relaciones*. Es el seguimiento del camino racional, el único viable que podía emprenderse tras el descubrimiento de la inutilidad de la vieja historia descriptiva de hechos y de acontecimientos ensartados, hábilmente organizados por el rigor positivista; es también el camino de la apertura a las otras ciencias del hombre en una decidida aproximación que ha atravesado climas de incompreensión<sup>27</sup> y bastantes agresiones y desprecios<sup>28</sup>.

Quizás sea todo esto lo más grande y lo más permanente de los procesos de interiorización y de racionalización de la ciencia histórica. El paso de un diálogo tenso a otro comprensivo es un proceso que aún continúa y que obliga al historiador de hoy a conocer y comprender, con mayor amplitud, las otras ciencias humanas.

Porque «lo que hay que realizar en lo sucesivo es poner al servicio de nuestro tiempo una historia memorial científicamente organizada de toda la experiencia humana en función de una mejor aprehensión del presente, por consiguiente, de una mejor previsión de la acción en el futuro»<sup>29</sup>.

2.- La catástrofe de las Guerras Mundiales afectó a *todos los hombres* de una o de otra forma y creó necesidades que habrían de resolverse individual y colectivamente, desde un trabajo de *reconstrucción* que facilitase la permanencia de unas nuevas condiciones. «Pero, ¿sobre qué fundamento reconstruir?. No hay que buscar

<sup>24</sup> L. FEBVRE: «De cara al viento. Manifiesto de los nuevos *Annales*», en *Combates por la Historia*. Barcelona, Ariel, 1971, p. 63.

<sup>25</sup> «Los *Annales*, 1929-1979», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*. 12, 1980, p. 16.

<sup>26</sup> M. FOUCAULT: *La arqueología del saber*. México, Siglo XXI, 1979, pp. 9 y 10.

<sup>27</sup> F. BRAUDEL: «Unidad y diversidad de las ciencias del hombre», en *La Historia y las ciencias sociales*, pp. 201-214.

<sup>28</sup> J. LE GOFF y P. NORA: op. cit., pp. 10-12.

<sup>29</sup> P. CHAUNU: *El rechazo de la vida. Análisis histórico del presente*. Madrid, Espasa Calpe, 1979, pp. 28 y 29.

muy lejos: sobre los sólidos cimientos de lo que debe llamarse la humanidad»<sup>30</sup>. Es el reencuentro con el *humanismo* y con ese gran personaje colectivo que es la *masa*, el conjunto de *hombres sin historia*.

«Creemos fundamentalmente que la historia es la vida, en toda su compleja diversidad. No nos sentimos, por lo tanto, atados por ninguna prevención apriorística, ni de método, ni de especulación, ni de finalidad. Despreciamos el materialismo por unilateral, el positivismo por esquemático, el ideologismo por frívolo. Intentamos captar la realidad viva del pasado, y, en primer lugar, los intereses y las pasiones del hombre común»<sup>31</sup>.

Este «credo» de Vicens Vives, publicado en 1951, resume a la perfección el ideal de la reconstrucción: la Historia es la vida, y en primer lugar la vida del hombre común. De este modo la Historia se humaniza y «ofrece a cada individuo la posibilidad de trascender su vida personal en la vida de un grupo. Al hacerlo, le otorga un sentido y, a la vez, le ofrece una forma de perdurar en la comunidad que lo trasciende: la Historia es también una lucha contra el olvido, forma extrema de la muerte»<sup>32</sup>.

Esta humanización y la concepción de la Historia como «la vida misma» despiertan una nueva preocupación por los hombres y más concretamente por «la gente común»<sup>33</sup>. Así, la Historia y el historiador alcanzan una dimensión verdaderamente útil que conducirá a una valoración especial de todo lo humano y de todo lo que indirecta o directamente se relaciona con el colectivo social. Las consecuencias empiezan a estar a la vista y pueden calificarse de muy positivas; por una parte, la necesidad de conocer todo lo humano, produce el contacto de la Historia con otras ciencias; desarrolla la búsqueda de nuevos datos que hagan realidad las nuevas intenciones y, por último, favorece la aparición de nuevos métodos que ayuden a comprender mejor la historia de la humanidad que era urgente reconstruir. Este ideal de la reconstrucción vital y humanística de la Historia es la clave para entender los fundamentos que van a permitir ampliar el campo de observación histórica; utilizar nuevas fuentes y poner en circulación el concepto y el ideal de la *Historia Total*. Y es esta tendencia, una de las notas características de la *Nueva Historia*, la que produce intentos de precisión que tratan de definir el marco investigable y el trabajo del historiador. La Historia «puede ser el conocimiento diferencial de las energías y de los desfallecimientos, de las alturas y de los hundimientos, de los venenos y de los contravenenos. Puede ser la ciencia de los remedios»<sup>34</sup>. La «historia efectiva» de Foucault, la «historia desde arriba» de Perry Anderson, la «historia proyecto» de Chauru, la «historia trascendente» de Le Roy Ladurie, es la *Nueva Historia* entendida

<sup>30</sup> L. FEBVRE: «De 1892 a 1933. Examen de conciencia de una historia y de un historiador», *Combates por la Historia*, p. 28.

<sup>31</sup> J. VICENS VIVES: «Hacia una nueva historia de la humanidad», en *Historia General de las Civilizaciones*, I. Barcelona, Destino, 1969, p. 15.

<sup>32</sup> L. VILLORO: «El sentido de la Historia», en *Historia, ¿para qué?*. México, Siglo XXI, 1980, p. 50.

<sup>33</sup> G.F.E. RUDE: «El rostro cambiante de la multitud», en *El taller del historiador*. México, FCE, 1975, p. 207.

<sup>34</sup> M. FOUCAULT: «Nietzsche, la Genealogía, la Historia», en *Microfísica del Poder*. Madrid, Ediciones La Piqueta, 1978, p. 22.

como un laboratorio en el que pueden experimentarse, cuantificarse, analizarse e interpretarse todas las vidas de todos los hombres de todos los tiempos.

3.- La reconstrucción exigió penetrar en la complejidad del funcionamiento de la vida, sin restricciones de ningún género, y con una triple sensibilidad que coordinase el nuevo trabajo: ante el tiempo, ante las sociedades y ante las relaciones, el nuevo historiador debería ser un atento observador de todos los impulsos<sup>35</sup>. El contacto con otras ciencias, la apertura de nuevas fuentes, la puesta en práctica de nuevos métodos, la nueva sensibilidad, exigieron crear un ideal hacia el cual iba a tender más de una generación de historiadores: la *Historia Total*, definida en multitud de obras de nuestro tiempo. Se trataba de captar la realidad completa y ello determinó alterar el campo tradicional sobre el cual se desarrolla la tarea del historiador, y que se modificasen las viejas herramientas que la hacían posible. Era necesario trascender el acontecimiento y llegar a encontrar una posición que no dejase fuera de la capacidad de observación, ningún campo que pudiese resultar útil. Para ello era preciso tener muy en cuenta tres principios básicos que servirían para justificar la existencia de una dinámica capaz, a su vez, de producir la comprensión de los cambios que se operan en las estructuras.

El primer principio es la admisión consciente de que el tiempo presenta ritmos diferenciados, tal como estableció Braudel. El segundo es el reconocimiento de que cada sociedad posee una personalidad propia, que al desarrollarse y durar más o menos, puede valorarse y compararse con otras sociedades. Y, finalmente, observar, analizar y describir todas las relaciones que se producen entre los elementos que forman la estructura y que se interaccionan dando lugar a múltiples causalidades de lo que entendemos por hecho histórico.

La admisión de este basamento que preside el ideal de *Historia Total* ha exigido a los historiadores ampliar su quehacer tomando para sí objetos cada vez más complejos, cuya observación era reservada a otros científicos, y a la par renovar y sofisticar unos métodos que tienden inexorablemente a su matematización.

Los avances han sido importantes y están a la vista: el ideal de la *Historia Total* no es un sumatorio ni una yuxtaposición de historias especializadas, sino una interpretación; es decir, el descubrimiento de una ley universal que permitiese acotar una civilización, sintetizar sus principios espirituales y materiales, señalar, por fin, qué comunión tienen todos los fenómenos que acontecen en ella y en su duración. El ideal está lleno de problemas y pide a los historiadores esfuerzos cada vez más grandes; tal como ha señalado Foucault<sup>36</sup>, existen tres supuestos sobre los que se organiza esta búsqueda de la *Historia Total*:

A) Ha de establecerse qué sistema de relaciones, a ser posible homogéneas, existe entre los acontecimientos que se dan en un espacio y en un tiempo concretos.

B) Ha de suponerse «que una misma y única forma de historicidad» actúa sobre la complejidad de la vida; es decir, sobre la economía, la sociedad, la política y las mentalidades.

C) Ha de aceptarse que «la historia puede articularse en grandes unidades» cuyos contenidos se deben a un principio de cohesión interno.

<sup>35</sup> P. VILAR: *Crecimiento y desarrollo*. Barcelona, Ariel, 1974, pp. 8 y 9.

<sup>36</sup> *La arqueología del saber*, p. 15.

Sin embargo, «el tema y la posibilidad de una *Historia Total* comienzan a borrarse»<sup>37</sup>, porque todavía no hemos determinado qué relación puede describirse entre las distintas series, qué sistema vertical pueden formar, qué correlaciones establecer, qué efecto producen los desfases temporales y en qué conjuntos pueden figurar simultáneamente ciertos elementos<sup>38</sup>. Cuando se resuelvan estas interrogantes se habrá obtenido la posibilidad de construir una *Historia General*:

«Una descripción global apiña todos los fenómenos en torno de un centro único: principio, significación, espíritu, visión del mundo, forma de conjunto. Una *historia general* desplegaría, por el contrario, el espacio de una dispersión»<sup>39</sup>.

No interesan pues las acumulaciones de hechos y de datos perfectamente organizados con aplicaciones metodológicas válidas, sino que lo que importan son las relaciones: «no se trata de decirlo todo sobre todo, sino de qué depende la totalidad, qué depende de ella»<sup>40</sup>. La búsqueda de interdependencias exige la dispersión de lo que tradicionalmente ha servido para identificar a la ciencia histórica: de este modo, la *Nueva Historia* se especializa, se asocia a otras ciencias, se adueña de métodos estadísticos y matemáticos, ensaya representaciones ideográficas nuevas y crea nuevos niveles de observación. La Historia entra de lleno en la complejidad y tiende a desenmarañar la tupida red de causalidades, de influencias, de relaciones<sup>41</sup>; la Historia se convierte en una ciencia «integral y viva»<sup>42</sup>, lo asume todo desde el dinamismo que confiere el tiempo.

Todas estas notas características, interiorización, racionalización, reconstrucción, humanismo, dinámica vital, nuevas sensibilidades y la idea arraigada de la *Historia Total*, no sólo presiden el nacimiento y desarrollo de la *Nueva Historia* sino que, además, influyen concepciones y métodos particularizados que contribuyen a inspirar nuevas vías de observación.

<sup>37</sup> M. FOUCAULT: *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. México, Siglo XXI, 1971, pp. 356 y ss.

<sup>38</sup> *La arqueología del saber*, p. 16.

<sup>39</sup> *Ibid.*, pp. 16 y 17.

<sup>40</sup> M. TUÑÓN DE LARA: «Introducción», *Historia de España*, I. Barcelona, Labor, 1980, p. 14, citando a P.C. Malerbe.

<sup>41</sup> P. CHAUNU: «La pesée globale en histoire», *Cahiers Vilfredo Pareto*, 15, 1968, pp. 135 a 164.

<sup>42</sup> V. VAZQUEZ DE PRADA: *El método histórico*. Pamplona, Eunsa, 1974, p. 10.